

VI SUBIDA AL PICO DEL AGUILA

Béjar 15/09/2013

Después de todo el verano esperando que llegara el día, y aún sabiendo que mis entrenamientos no eran específicos de este tipo de prueba ni mucho menos, ahí estoy en Béjar, a las 8 de la mañana, dispuesta a correr una carrera de montaña de 22 km y 1300m de desnivel, sin saber del todo dónde me metía, pero como a mí me gustan los retos y cuanto más difícil mejor, pues tan contenta y deseando salir corriendo.

Parte del recorrido me era familiar porque el año pasado había corrido el Cross Béjar-Candelario y porque, durante los cursos de la diputación en Llano Alto había salido a entrenar por la zona, pero quedaba una gran parte de recorrido que desconocía y que pronto me iba a sorprender por su dureza y dificultad.

Salimos a las 9h, 61 corredores, entre ellos 8 éramos mujeres, de las cuales 4 éramos veteranas. Vamos con calma a sabiendas que nada más salir de Béjar nos tenemos que enfrentar a un subida hasta Llano Alto en línea recta por el monte, es decir, sin apenas poder correr.

Llegados a Llano Alto podemos por fin soltar las piernas y aprovechar un tramo de bajada, eso sí, muy técnico, muchas piedras sueltas, senderos muy estrechos, empieza el baile. Subimos a Candelario, atravesamos el pueblo, primer avituallamiento, todo muy rico. Fruta, galletas, gominolas, varias bebidas diferentes, perfecto, aunque como llevo mi propia munición en el cinturón, cojo un trozo de naranja y prosigo.

Comenzamos a subir entre pinares, ahora empieza lo duro, aunque no lo peor. Alterno el trote con paso ligero por las zonas más empinadas y dificultosas, ya que el terreno está muy suelto. Es una zona boscosa y sombreada. La verdad es que la temperatura fue la ideal, nada de frío, pero sin llegar a agobiar el calor. Un fotógrafo nos anima y nos dice que ya queda poco para la bajada, me hago ilusiones, pero nada más lejos de la verdad, no sé si llevaríamos la mitad.

Se va despejando el terreno y salimos al sol. El pico del águila se recorta en el cielo y parece inalcanzable, todo eso queda!! Avanzamos en fila de a uno, por un sendero que sólo se ve cuando lo pisas, y que pronto dejaría de existir. Me concentro en los pies del que tengo delante, lo cual me evita tener que buscar los puntos verdes que marcan el recorrido, lo cual se dificulta con que al levantar la cabeza te ciega un poco el sol. Cojo ritmo, pasitos cortos lo más rápido que puedo, y no pienso en nada más que en no parar. Al final adelanto a dos o tres, pero ahora ya no tengo pies que me guíen y tengo que andar mirando por dónde ir. Cada vez más estrecho, me desvío sin darme cuenta y me meto entre los matorrales bajos, se me clava una rama en el muslo, no es nada, enderezo. Ya no hay rastro del sendero y hay que buscar las señales entre las rocas, vamos como las cabras.

Las rocas son cada vez más grandes y hay que utilizar los brazos para trepar a ellas, el pico sigue allá lejos, parece que no se va a acabar nunca de subir, pero seguimos como hormiguitas cabezonas.

Al acercarnos un poco más vemos que hay gente animando desde arriba, y más adelante te van orientando a gritos por dónde tienes que tirar, y la verdad es que se agradece porque de un punto verde a otro me tenía que parar a buscar.

Increíblemente llegamos por fin, paso entre la gente y sigo sin parar, deseando empezar a bajar. Avituallamiento y para adelante. Ingenua de mí, jajaja. Ciertamente es un descanso para las piernas, pero el terreno de bajada se alejaba bastante de ser fácil, y las señales estaban más separadas y difíciles de ver. Un compañero y yo comenzamos la bajada y entre los dos intentamos orientarnos. Los que había adelantado en la subida me rebasan aquí y los pierdo, seguro que están mucho más acostumbrados a estos terrenos. El suelo es blando, con terrones grandes de hierba salpicados de rocas grandes, cortados y agujeros. Mis tobillos peligran. Nos desviamos y perdemos las señales, nos separamos para buscar y al final es por la derecha. Llegamos a un pequeño y serpenteante sendero y echo a correr aliviada, ahora parece que las piernas van solas, pero no puedes dejar de mirar por dónde pisas porque el terreno está muy suelto y con piedras pequeñas. Nos dirigimos al pinar.

Una vez a la sombra, entre pinos, la bajada se acentúa, pero para nada se hace más fácil, sino al contrario, el terreno resbala mucho y hay que concentrarse en no acabar rodando. Creo que mi técnica de bajada deja mucho que desear. Intento ir frenando continuamente ayudándome con lo que puedo, árboles, tocones, ramas. Empiezan a dolerme los cuádriceps de tanto cargar el peso para frenarme, y este pinar no se acaba nunca, casi echo de menos la subida.

Un compañero se queda en el siguiente avituallamiento, debe de haberle dado un tirón.

Cambiamos de fondo, y pasamos a seguir bajando por un sendero de piedras, ahí gano un poco de velocidad, pim-pam, pim-pam, de piedra en piedra, tan rápido que no da tiempo a pensar dónde pones los pies. Se suceden los traspiés, amagos de torceduras y malas pisadas, el cansancio ya es considerable. Nos dirigimos a Candelario de nuevo y parece que ya no queda nada, 2 km me dice uno que me llega por detrás, qué bien, pero al final qué largos se me hicieron. Pasamos juntos y rápido el pueblo aprovechando el bendito asfalto, increíble no tener que mirar el suelo. Béjar está ahí mismo, pero el camino empieza a ser un sube y baja y ya no tengo fuerza en las piernas. En las subidas opto por caminar lo más rápido que puedo y en las bajadas me duelen un montón las piernas con cada apoyo, así que me lo tomo con calma corriendo sólo en los tramos más fáciles. 2 km, pero parece que no llegas nunca.

La entrada a Béjar no es mejor, porque algunas de las calles por las que hay que pasar son subidas bastante fuertes, y a pesar de la emoción y de la gente que me anima tengo que tomarlas andando. Última subida y sé que a la vuelta de la esquina está la meta así que me preparo para correr los últimos metros lo que pueda y entrar en meta lo más dignamente posible. Oigo por megafonía mi nombre, anunciándome como 1ª Veterana en cruzar la meta, en 3h33', casi un maratón. Sonrisa enorme y los ladridos de mis perros que me reciben de la mano de José. Daniel Holguera, que ha venido con nosotros desde Peñaranda había entrado en meta 20 minutos antes. Ambos estamos doloridos y machacados, pero también felices y satisfechos, ha sido toda una experiencia, y desde luego, un gran entrenamiento para futuras ocasiones.

Hoy es martes y aún me cuesta horrores sentarme y levantarme, tengo unas agujetas terribles en los cuádriceps y los gemelos, pero sin duda volvería a subir a ese pico del Águila. Ahora a recuperarme y a pensar en la siguiente, pero el recuerdo de esa mañana que me sigue haciendo sonreír.

Marta Vázquez.